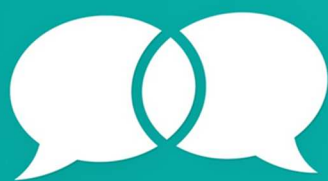

Ensanchar el corazón

Papeles de Trabajo nº 8
Diciembre 2016



entre paréntesis
DIALOGAR EN LAS FRONTERAS

Diciembre 2016
ISSN 2445-2750

Índice

Presentación	5
Enero: El diálogo interreligioso	7
Febrero: El cuidado que nos cuida	9
Marzo: Las familias en dificultad	11
Abril: La remuneración justa de los agricultores	13
Mayo: El aporte social de las mujeres	15
Junio: El encuentro en la ciudad	17
Julio: Los derechos de los indígenas	19
Agosto: La fraternidad del deporte	21
Septiembre: El proyecto espiritual del bien común	23
Octubre: La profesión del periodista	25
Noviembre: La solidaridad de los propios refugiados	29
Diciembre: El grito de los niños soldados	31

Página intencionalmente en blanco

Ensanchar el corazón

Presentación

Doce textos para ensanchar el corazón. Eso es lo que encontrarás en este documento. Doce ventanas para mirar la realidad. O doce invitaciones a crecer en el compromiso. Doce voces que son doce gritos, doce susurros, doce reflexiones o doce silencios. Doce aspectos de la vida que pueden pasar desapercibidas, pero que están habitadas por el Dios misericordioso. Pero, ¿todo esto por qué?

El año 2016 pasará a la historia, entre otras muchas cosas, por un pequeño detalle: el papa Francisco editó un video mensual con sus intenciones universales de oración. El Apostolado de la Oración (AO) surgió en 1844 y, según leemos en su [página web](#):

en el período entre el año 1890 y 1896 el Papa se interesó por hacer suya esta inmensa red de católicos que ofrecían sus vidas y su dedicación para apoyar espiritualmente la misión de la Iglesia. La asumió como una obra propia del Papa y la confió a la Compañía de Jesús en la persona del Padre General. Además, desde esa fecha comenzó a encomendarle al AO una intención mensual de oración que expresaba una preocupación suya por la cual pedía oraciones a todos los católicos. A partir de 1928 se añadió una segunda intención de oración, de manera que el AO recibiría del Papa dos intenciones de oración para cada mes y se encargaría de difundirlas en todo el mundo católico. Se llamaron Intención General e Intención Misionera.

Pues bien, *entreParéntesis* lleva dos años ofreciendo un comentario mensual a esta intención general. Lo hacemos en nuestro propio estilo, buscando dialogar en las fronteras. Para ello, pedimos cada mes a una persona experta que nos ofrezca una reflexión libre y abierta para contextualizar el tema de cada mes. El resultado es el que tienes en tus manos. Lee, ora, siente, disfruta, sufre y comprométete.

entreParéntesis.org

Diciembre de 2016

Página intencionalmente en blanco

Ensanchar el corazón

Enero: El diálogo interreligioso

*“Que el diálogo sincero entre hombres y mujeres de diversas religiones,
conlleve frutos de paz y justicia”*

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ NOGALES.

DIRECTOR DE CANDIR (CÁTEDRA ANDALUZA PARA EL DIÁLOGO DE LAS RELIGIONES)

El cristianismo es una religión de la Palabra. El primer capítulo de la Biblia se abre con un relato de la palabra creadora. Aquel al que algunos llaman “silencio” le gustaba, sin embargo, pasear (Gn 3,8) por los senderos del bosque sagrado a la hora de la brisa y no solo se prestaba con agrado al diálogo sino que lo buscaba, de tal modo que todos los videntes que lo conocieron en las diferentes tradiciones espirituales dieron testimonio de su amor a la palabra compartida. La palabra tiene poder creador. Mediante ella vinieron a la luz todas las cosas, pues todas fueron creadas por ella, en ella y para ella, para la palabra (Col 1,15-20). La realidad en que vivimos vino a ser dia-logo.

Por la palabra, todo un mundo de pensamientos, sentimientos, proyectos, va fluyendo de lo más hondo de cada persona; y fluye siempre hacia otra persona. El mundo interior de los otros, a su vez, fluye mediante la palabra hacia mí. Y así va construyéndose y floreciendo un mundo en común; un mundo que se expande y se ensancha con el fluir de la palabra. El cese de la palabra supone que el mundo que iba floreciendo se arruina. Negar la palabra al “otro” es no querer tener un mundo en común con él. Cuando el mundo común es pequeño se recorre y se agota con unas cuantas palabras; y sobreviene el silencio. El mundo de un ascensor es tan pequeño, la mayoría de las veces, que se recorre y se agota, se llega pronto a sus fronteras con un buenos días y una adiós, si acaso. El mundo de dos personas que se aman es grande, inmenso, nunca se alcanza la frontera, el límite; y es un mundo que crece con el fluir de la palabra y que muestra siempre paisajes nuevos, no descubiertos, incluso insospechados.

Todo comienza con la palabra. La tragedia sobrevino por primera vez, cuando al fin de los últimos verdores, el espacio y el tiempo se cerraron sobre sí mismos y “Aquél” que no perteneciendo a ningún tiempo buscaba tiempos de diálogo pareció quedar fuera de lugar y de memoria. Muchos escritos sagrados de las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad dan testimonio de que el Silente quiso tener un mundo en común con nosotros. Los cristianos en especial confesamos que desde el comienzo de los tiempos Él nos dirigió la palabra. Los antiguos sabios y profetas fueron los portavoces

de sus palabras que quedaron grabadas en los libros sagrados. Finalmente, la palabra tomó el peso de la carne. Dar la palabra ya es mucho; es la manifestación de un amor que busca la comunicación y la relación; pero es mucho más dar la palabra en la carne; dar la propia carne es el modo más fuerte de comunión; cuando la palabra se hace carne el amor llega al límite.

Es imprescindible la palabra. Jesús, Hijo de Dios, no dejó nunca de dirigirla a los hombres a quienes amó hasta el extremo de la carne entregada. Hasta el extremo del dolor en la carne y de la muerte. Ni siquiera en la frontera misma de la muerte retrocedió en su donación; se dio en la carne, pero, hasta última hora, se dio también en la palabra. Por eso San Agustín decía algo así como que antes de encarnarse, el Verbo de Dios se “inverbalizó”. “*Et Verbum verbum factum est*” es una expresión posible antes de la recogida en el Evangelio de Juan “*Et Verbum caro factum est*” (Jn 1,14).

Somos una religión de la Palabra. Y no podemos negarla a los “otros” porque traicionaríamos la esencia de nuestra confesión de fe. Por eso, la presencia misma del cristianismo debería ser siempre una invitación al dia-logo. Es urgente buscar al “otro” para entablar un dia-logo, es decir un intercambio de palabra positiva, creativa, constructiva, pacificadora, para que el espacio y el tiempo no se cierren sobre sí mismos y sobrevenga la ruina del mundo que deberíamos re-crear y compartir dia-logo, por la palabra. Para nosotros es una exigencia teológica.

Y estamos convencidos de que los videntes y sabios de las tradiciones religiosas que han tenido experiencias del aparentemente silente, pueden encontrar en sus fuentes el impulso que les haga salir a la búsqueda del “otro” para ofertar su palabra, para que el horizonte del mundo se ensanche y el jardín rebrote de nuevo abonado con el poder de la palabra. Negar la palabra es desahuciar al “otro” en el lenguaje. Anuncio silencioso que presagia su muerte en el corazón. No olvido que hay un uso violento y destructivo de la palabra que persigue el mismo resultado que el silencio: noticia ruidosa y amenazante de muerte. Pero tanto la proclama muda como la vociferante de la destrucción, son perversiones que nacen en la labilidad del espíritu humano y son devastadoras del ámbito propio de la palabra que es la creación del horizonte de la vida.

Me queda la palabra, decía el poeta (Blas de Otero). Frente a otros poderes que amenazan ruina y muerte, nos queda el dia-logo, el poder de recrear un mundo para compartirlo. Por el poder de la palabra.

Febrero: El cuidado que nos cuida

“Que cuidemos de la creación, recibida como un don que hay que cultivar y proteger para las generaciones futuras”

JORGE GALLEGO. DEL GRUPO “CRISTIANISMO Y ECOLOGÍA”

Vivimos en una sociedad tecnificada. La tecnología está presente en muchos ámbitos de nuestra vida y nos facilita la realización de diversas tareas. Nos ayuda a ser más eficaces. La capacidad de producción mundial supera con creces las necesidades del conjunto de la población. La existencia de personas que no tienen cubiertas sus necesidades básicas se debe a la desigual distribución de la riqueza, no a la limitación de ésta.

Estamos rodeados de mensajes cuya finalidad es que absorbamos los excedentes de lo que producimos. Consumimos ya no para satisfacer necesidades, sino para alcanzar el reconocimiento de nuestros congéneres.

En este ambiente, el cuidado ha perdido su valor, pasa desapercibido. No se contabiliza en el producto interior bruto. Cuidamos a nuestros hijos, cuidamos a nuestros mayores, cuidamos a nuestros enfermos. Pero nos quita tiempo para poder trabajar y obtener unos ingresos que garanticen nuestro nivel de vida. O nos resulta un impedimento para poder optar a un puesto de trabajo, al tener “cargas familiares”. La simple expresión ya dice mucho.

Un proverbio africano nos recuerda que: “Vosotros los europeos tenéis los relojes pero nosotros tenemos el tiempo”. Es la carencia de nuestros estilos de vida. Es cierto que el acelerado ritmo de vida nos lleva a centrarnos en aquello que es productivo, en la actividad. Apenas nos queda tiempo libre (otra expresión también bastante significativa) para la contemplación, para la inacción, para las pequeñas cosas.

Sin este vacío, sin esta parada, nuestra mente ajetreada no dejará hueco para vivir la experiencia de encontrarnos con lo que nos rodea, de saborear el regalo de la naturaleza que, aunque relegada de nuestras ciudades, se abre camino entre el hormigón y el asfalto. Cuando descubrimos su belleza, nos nace una actitud de agradecimiento, por un lado, y de cuidado, por otro. La fragilidad de la vida hay que cuidarla. Ya no se trata de la vida de los nuestros. Se trata de la vida con mayúsculas que fluye a pesar de nuestro estilo de vida depredador con el medioambiente e insolidario con las personas que no consideramos de las nuestras.

Dedicarse a cuidar requiere un ritmo distinto, requiere paciencia, requiere descentrarse de uno mismo y poner en el punto de mira lo que está fuera de nosotros y de nuestras preocupaciones.

Yo cultivo un pequeño huerto urbano comunitario. Nos juntamos unos pocos vecinos en un solar rescatado del abandono. Cada uno viene con sus sueños y sus preocupacio-

nes. Hay quien quiere comer sano. Hay quien quiere ocupar su tiempo de ocio. Hay quien quiere educar a los más pequeños. Hay quien quiere aprender agricultura ecológica. Hay quien quiere transformar la sociedad. Hay quien quiere convivir. Seguro que cada uno de nosotros quiere un poquito de cada cosa.

Lo cierto es que todo el que entra se fija en aquello a lo que estuvo dedicando tiempo en la anterior ocasión. Me encanta observar cómo se transforma su cara y muestra la emoción contenida de descubrir que la naturaleza ha seguido su curso durante su ausencia. Como la rosa del Principito, aquella hortaliza es única en el mundo. La ilusión que genera, hace que el tiempo compartido entre labores y conversaciones nos cambie el ánimo y volvamos a nuestros quehaceres con una energía vital renovada. Es el contacto con la naturaleza lo que nos cuida a nosotros por más que intentemos ser nosotros los cuidadores.

Marzo: Las familias en dificultad

“Para que las familias en dificultad reciban los apoyos necesarios y los niños puedan crecer en ambientes sanos y serenos”

BLANCA GÓMEZ BENGOCHEA. INSTITUTO UNIVERSITARIO DE FAMILIA (UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS). VOLUNTARIA EN EL POBLADO “EL GALLINERO” (MADRID)

Esta petición, seguramente como tantas otras, me parece más bien, una llamada a que Dios nos empuje a apoyar y acompañar a las familias y, especialmente, los niños que se encuentran en dificultad. Y es que, ¿si no lo hace a través de nosotros, cómo lo hará?

Es por tanto, creo, una llamada a la acción, que pasa por el conocimiento personal y cercano de aquellos de los que decimos que están “en dificultad”. Porque cuando esas dificultades, de las que a menudo oímos hablar en la televisión o en los periódicos, tienen para nosotros nombre y rostros concretos, no cabe duda que nuestra implicación cambia.

Por centrarnos en lo económico (que condiciona claramente mucho de lo demás), son numerosos los niños que viven en situación de pobreza en España, y en los últimos años hemos oído hablar bastante de ellos.

Según datos de la ONG *Save the Childre*, en el año 2014 el 30,5% de los niños españoles vivía bajo el umbral de la pobreza relativa (con una renta inferior al 60% de la renta mediana); el 15,7% vivía en hogares en situación de pobreza severa (menos del 40 de la renta mediana); el 35,8% en riesgo de pobreza o exclusión social; y el 9,5% sufrían privación material severa, de modo que no podían permitirse al menos cuatro de las siguientes nueve actividades:

- Pagar el alquiler, una hipoteca o facturas corrientes.
- Tener la casa a una temperatura adecuada el hogar durante los meses de invierno.
- Poder afrontar gastos imprevistos.
- Una comida de carne, pollo o pescado (o sus equivalentes vegetarianos) al menos 3 veces por semana.
- Irse de vacaciones al menos una semana al año.
- Tener un coche.
- Tener una lavadora.
- Tener un televisor en color.
- Tener un teléfono (fijo o móvil).

Pero ¿qué ocurre cuando se conoce personalmente a alguno de ellos? ¿Qué cambia cuando se comparte con ellos tiempo, juegos, esfuerzos...?

Lo que ocurre es que empiezas a buscar recursos donde no los hay para tratar de solucionar sus problemas, que te esfuerzas para catapultarles hacia un futuro diferente, que te empeñas en recuperar para ellos la infancia como espacio de recuerdos felices, en vez de un tiempo lleno de miedos y preocupaciones. Empiezas a mirar la vida a través de sus ojos y sus necesidades, y te encuentras peleando y luchando por cosas que siempre te parecieron injustas y te preocuparon de una forma más o menos abstracta, pero por las que nunca te llegaste a “mojar”.

Quizá parezca una tontería, pero yo jamás pensé que iba a pasar una noche sin dormir a causa de los niños que no tienen Dalsy..., hasta esta noche. Esta noche he tenido fiebre, me he encontrado mal mientras subía y he experimentado el alivio de que bajara después de tomarme un paracetamol. Y esta noche, también, me he acordado mucho de un niño cuya madre, pobre de solemnidad, me dijo ayer que tenía fiebre y que no tenía Dalsy para él. No es que vaya a iniciar ahora una campaña de “Dalsy para todos”, pero conocer personalmente a esta familia y sus dificultades hace, sin duda, vivir las propias de otra manera e implicarse en la solución de las suyas de un modo muy distinto.

Abril: La remuneración justa de los agricultores

Que los pequeños agricultores, reciban una remuneración justa por su precioso trabajo”

GABRIEL PONS CORTÈS.

DEPARTAMENTO DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL. OXFAM INTERMÓN

¿Cuáles son las opciones de que esta afirmación pueda hacerse realidad? ¿Es posible encontrar una solución a este problema? ¿Qué retos éticos y técnicos deberían contemplarse? ¿Cómo acotar y aplicar un precio justo?

La determinación de un precio justo para los pequeños agricultores es un complejo problema técnico de base ética. Aristóteles, Tomás de Aquino y muchos escolásticos ya hablaron de la especulación y de los intermediarios, con la principal conclusión de que es un problema moral difícil de solucionar.

Si existe un precio justo es materia de discusión desde hace siglos. Que sea un problema moral no significa que se pueda solucionar a través de la iniciativa pública. Decía Shakespeare que *si hacer fuera tan fácil como saber qué hacer, las ermitas serían grandes templos y palacios de príncipe las cabañas del pobre*.

Desde un punto de vista técnico, la determinación de un precio justo en agricultura es algo muy complejo. Los agricultores no tienen salario: viven de lo que venden. Y el precio de los productos varía enormemente porque la producción también varía. En cambio, lo que se consume es bastante constante: uno no come el doble porque la comida esté a mitad de precio.

No existe un precio justo que incorpore los costos de producción. El precio es una construcción social: la productividad de los más grandes es la que fija los precios. Las grandes explotaciones son más productivas que las pequeñas gracias a la mecanización. Si una granja tiene cien vacas y puede producir leche a 30 céntimos el litro, a un campesino con tres vacas ni este precio ni ningún otro le va a sacar de la pobreza. La primera conclusión es que, sobre todo, es la desigualdad en la propiedad de los medios de producción lo que más influye, no el precio.

Pero aunque existan agricultores que cuentan con suficientes medios para vivir, y que sus derechos son respetados (sobre todo porque no les robaran la tierra), incluso en este caso, sería posible no recibir buenos precios por razones que no dependen de la justicia: si hay excedentes los precios son bajos y sólo eliminando los excedentes –ay, eso implica ir contra la tradición de que la comida no se tira–, se consiguen subir los precios a su nivel remunerador. Esto es lo que está ocurriendo en los últimos años: estamos en un ciclo de precios bajos porque se ha producido demasiado.

En cambio, muchas situaciones vienen del abuso de poder y son evitables con regula-

ciones fundamentadas en una visión ética del problema. Los agricultores tienen poco poder de negociación porque con frecuencia están dispersos y desorganizados. Pero todo el mundo sabe lo difícil que es juzgar y reprimir por parte del gobierno el abuso de posición dominante en el mercado.

Habrán mejoras en los precios que dependerán de la buena voluntad de las empresas que compren la producción, o de lo presionadas por el público que se sientan para obligarlas a pagar buenos precios. Son acuerdos difíciles de vigilar, que funcionan raras veces y sólo en países ricos, y que ayudan a mitigar el problema de la desigualdad pero no a solucionar el problema técnico de los precios bajos por excedentes.

En mercados abiertos, las empresas siempre pueden elegir importar de donde sea más barato. Pero si propusiéramos como solución cerrar las fronteras –mala idea como se demostró durante la crisis de 2008–, siempre lo pagaría el campesino que quede al otro lado sin poder vender.

¿Qué hacer?

No son moralmente aceptables las soluciones técnicas sin fundamentación ética, ni viables las decisiones éticas ajenas a conocimientos técnicos.

Los Estados tienen que apoyar a aquellos pequeños productores que tengan posibilidades de producir más y mejor, de manera que quede compensado por las ayudas lo que no recibirán a través de un precio “justo” que no existe. Y para aquellos que no pueden seguir el paso de la productividad, hay que garantizarles un ingreso mínimo a través de la protección social que les garantice su derecho a una vida digna.

Mayo: El aporte social de las mujeres

“Para que en todos los países del mundo las mujeres sean honradas y respetadas y sea valorizado su imprescindible aporte social”

M^a TERESA COMPTE GRAU. DOCTORA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

La verdadera igualdad entre el hombre y la mujer pasa por la acción recíproca y esta requiere de sujetos que activa y conscientemente se abran los unos, a los otros; o, mejor dicho, las unas a los otros, y los otros, a las unas. Esta es la verdadera dinámica de la igualdad solo posible en sociedades en las que la coexistencia sea sustituida por la cooperación.

Es innegable que este ideal de vida en el que las mujeres no sean iguales a los hombres, sino que en el que se den relaciones de igualdad entre hombres y mujeres es una cuestión de extrema urgencia para el mundo en el que vivimos. En primer lugar porque la diferencia entre el hombre y la mujer sigue siendo usada para justificar, legitimar y promover la desigualdad. Y, en segundo lugar porque la diferencia es usada para asignar roles excluyentes al modo de compartimentos estancos según una visión individualista del orden social.

Mujer y hombre somos sujetos de relación y nuestra personalización pasa por vincularnos sin tener que renunciar a nada de lo que nos define y nos identifica. Un mundo en el que las mujeres ascendiéramos el escalón que nos separa de los hombres, acabaría siendo un mundo de hombres. Son, por lo tanto, las condiciones materiales de vida las que deben cambiar. Y esto pasa por cambios de naturaleza política que erradiquen, de una vez por todas, el dominio del hombre sobre la mujer.

No soy de las que cree que *lo personal es político*, como en algunos momentos ha reivindicado un sector del feminismo. Ni mucho menos creo, como han sostenido otras militantes feministas, que la igualdad pueda reducirse a la incorporación de la mujer al sistema económico liberal de producción. Estoy convencida de que las diferencias entre el hombre y la mujer deben ser reconocidas, tanto como estoy convencida del deber de arrebatar del espacio de lo doméstico y de lo privado aquello que es más específicamente femenino. Pero, más aún, creo que la realidad sigue siendo superior a las ideas que elaboremos sobre la misma, razón por la que es la realidad la que nos demuestra que la discriminación contra la mujer sigue reclamando intervenciones decididas. La feminización de la pobreza, la violencia y la esclavitud sexual, la discriminación laboral y salarial, la penalización de la maternidad y la falacia de la conciliación laboral, tal y como la entiende el mercado, la prostitución, los matrimonios forzosos y el aborto provocado, el alquiler del vientre femenino, la negación del derecho a la educación y la imposibilidad de acceder a los servicios sanitarios básicos, la mutilación genital, la violencia de género y el uso del cuerpo de la mujer como arma de guerra son manifestaciones más que evidentes de la injusticia que en este mundo se comete contra las mujeres.

No es de extrañar que para millones de nosotras, ser mujer sea una fatalidad. Tan es así que en muchos momentos de la historia más reciente la emancipación de la mujer ha pasado no tanto por la liberación de las condiciones de sometimiento, dominio, abuso o explotación, sino por liberarse de su ser mujer. Como si nacer mujer fuese, nada más y nada menos, que un castigo que la naturaleza nos inflige por razón de nuestro cuerpo. Nacer mujer no es nacer esclava. Por eso sigue siendo prioritario que la política transforme las condiciones de vida de millones de mujeres cuyos cuerpos, y por lo tanto también sus almas, son devastados al verse reducidos a objetos de libre disposición.

La benevolencia circunscrita al ámbito de lo privado no resuelve estos problemas de manifiesta y aberrante injusticia contra las mujeres. Hay que socializar la identidad de lo femenino para conseguir que el respeto a la mujer y su valoración social dejen de reducirse a un enaltecimiento ramplón de la abnegación y el sacrificio. Para que ser mujer no sea una condena es urgente, justo y necesario hacer posible, de hecho, que no solo de derecho, que las mujeres podamos vivir en este mundo sin renunciar a ser quienes somos, sin miedo a ser plenamente mujeres y sin desear arrancar de nuestro ser aquello por lo que somos diferentes, pero no por eso desiguales.

Junio: El encuentro en la ciudad

“Para que los ancianos, marginados y las personas solitarias encuentren, incluso en las grandes ciudades, oportunidades de encuentro y solidaridad”

MARISOL FRÍAS. DIRECTORA GENERAL DE MAYORES, ATENCIÓN SOCIAL, INCLUSIÓN SOCIAL Y ATENCIÓN A LA EMERGENCIA. AYUNTAMIENTO DE MADRID

Sucede en nuestros días que no es extraño escuchar opiniones como las que alertan sobre la soledad que amenaza en nuestras ciudades a tantos hombres y mujeres de distinta raza, edad y condición, aun cuando vivimos en la llamada era de las comunicaciones, en la que las Nuevas Tecnologías se erigen en auténticos dioses de la vida pública y privada, íntima incluso me atrevería a decir.

Algo tan cotidiano como un mero wsp puede conseguir antes acercar a quienes se encuentran físicamente lejos, que favorecer la cercanía entre quienes compartimos un mismo techo, un espacio para el trabajo o un proyecto en común

¿Qué le sucede al hombre del siglo XXI, a esta generación de la que nos enorgullece presumir como la mejor formada de la Historia, por qué esa dificultad por hacerse prójimo del que sufre, de quien se siente sólo, frágil, vulnerable? *¿Dónde está tu hermano?*

No puedo evitar pensar que muchas de las soledades con las que convivimos a diario, siquiera a veces sin darnos cuenta, surgen del olvido de saber que la persona ha de ser siempre lo primero, que no podemos permitirnos el lujo de no situar a la persona en el centro de cuanto emprendemos, que ninguna atención y cuidado lo será del todo si olvidamos ponernos en los zapatos de ese otro que pasa a nuestro lado; que en tiempos duros y difíciles como los que vivimos la sociedad no debe permitirse perder esa capacidad que da el poder llamar a cada uno por su nombre, ese motor que consigue que cada individuo pueda sentirse especial, único y singular ante los ojos de quien le contempla... como si la mirada del mismo Padre Bueno fuese la que posase sus ojos a cada instante en nuestro día a día.

Nos encanta hablar de derechos, en el ámbito público es frecuente esta terminología, “la ética de los derechos”: el derecho a una vivienda digna, el derecho a un empleo estable, el derecho a la educación o a la atención sanitaria. Algo más difícil de encontrar, tanto en la esfera pública como en la esfera privada es la referencia a una ética del cuidado del otro como leit motiv, un compromiso con aquellos que se encuentran en situaciones más precarias, que presentan situaciones de fragilidad o vulnerabilidad, y de cuya atención y cuidado no deberíamos zafarnos, cualquiera que sea la posición que ocupemos, la relación más o menos estrecha que nos ligue a ellos.

Habrà quien pueda y deba prestar atención y cuidado desde una estricta esfera personal e íntima, en el entorno de la propia familia, nuclear o más extensa. Existirán situaciones que demandarán de nosotros un paso más allá, que nos saque de nuestra pri-

mera zona de confort y nos impulsen al vecindario, la asociación del barrio, una parroquia, una cooperativa de consumo sostenible y solidario, el grupo de amigos y conocidos...en todas ellas siempre hay oportunidades para el encuentro y la solidaridad.

No faltarán aquellos que desde un compromiso cívico, político y social más significado, encontrarán en esa lucha por la justicia su manera de estar en la vida, haciendo de este mundo un hogar de todos y para todos. Buen ejemplo de lo que comento son esos cientos de hombres y mujeres que voluntariamente acompañan itinerarios diversos de quienes se descolgaron de la ruta, o que sin pedir nada más a cambio ponen su tiempo y su mismo ser al servicio y la compañía de quienes se viven y sienten solos.

Y no quiero dejar de referirme a quienes, desde concretas responsabilidades públicas, de una u otra índole, se levantan cada mañana con el deseo y el compromiso por trabajar en la mejora de las condiciones de vida de quienes peor lo pasan, de quienes atraviesan situaciones difíciles o viven en circunstancias precarias. Más o menos conscientes de su enorme responsabilidad, lo cierto y verdad es que los más vulnerables tienen depositadas en ellos grandes esperanzas en un futuro mejor. Como agentes de cambio, transformadores de la sociedad que les ha tocado vivir, los responsables públicos gozan de la confianza de quienes esperan en ellos la puesta en marcha de estrategias y alternativas que faciliten oportunidades de encuentro y solidaridad en nuestras grandes ciudades. Ellos, los más débiles de nuestras sociedades son los especialmente merecedores de sus esfuerzos y desvelos, de su compromiso diariamente renovado por la construcción de un mundo más justo y fraterno.

Para todos y cada uno de ellos me gustaría pedir especialmente desde esta breve reseña el soplo del Espíritu, ese aliento del Cielo que hace posible un poco de compañía, alegría y consuelo en el camino de tantos ancianos, marginados y personas solas que, gracias a ellos, pueden encontrar, aún en nuestras anónimas y frías ciudades, oportunidades para el encuentro, el cuidado amoroso y la esperanza.

Julio: Los derechos de los indígenas

“Que sean respetados los pueblos indígenas amenazados en su identidad y hasta en su misma existencia”

RAFAEL LERÍA ORTEGA, SJ. DEL EQUIPO ITINERANTE DE LA AMAZONÍA

La lucha por los derechos indígenas es colectiva. De norte a sur de Brasil, los pueblos indígenas se movilizan para defender los derechos que les competen garantizados en la Constitución de 1988, gravemente amenazados por el poder anti-indígena y, todavía más, con el escenario actual político que no es nada favorable a las cuestiones indígenas.

Frente a los órganos públicos, los pueblos indígenas piden constantemente el respeto a los derechos indígenas garantizados en la Constitución gritando “basta ya” ante el desprecio los derechos constitucionales, a las violencias y amenazas cometidas contra los pueblos indígenas, a la precariedad de las escuelas indígenas, a las interferencias políticas partidarias en las instituciones que tienen responsabilidades y atribuciones en las cuestiones indígenas.

Con la amenaza de retrocesos a los derechos de los pueblos indígenas, sobre todo por la demarcación y homologación de las tierras indígenas en el Brasil, las movilizaciones a nivel nacional y local están marcadas por el manifiesto contra la propuesta de enmienda constitucional (PEC 215). Esta propuesta podría suponer el fin a los derechos territoriales de los pueblos indígenas al transferir todas las demarcaciones para aprobación en el Congreso, que está dominado, en esta legislatura, por enemigos de los pueblos indígenas, como la llamada *bancada ruralista* o los evangélicos.

Considerando la situación de vulnerabilidad e inestabilidad de los derechos humanos de los pueblos indígenas continúan luchando por el derecho a vivir, expresan sus indignaciones y siguen exigiendo la atención y las medidas necesarias de las autoridades públicas y del gobierno para situaciones como estas. Las tierras indígenas, consideradas como madre tierra, son la base de todo para el buen vivir de los pueblos indígenas. De la tierra sacan la alimentación y todo lo que necesitan para mantener su cultura; por eso, la defienden de cualquier latifundio, de apropiaciones sin títulos de propiedad y de exploraciones ilegales.

Los pueblos indígenas hoy quieren más atención a la salud indígena porque ésta vive en crisis permanente, amenazando a la organización social y a las culturas indígenas. El gobierno debe garantizar una salud de calidad, con equipamientos, con puestos, médicos y profesionales capacitados y preparados, preferentemente indígenas de las propias comunidades.

Transformar los pueblos indígenas en pobres (que esto es lo que pretende el explotador) es tener aquella visión que concibe a los pueblos indígenas como una subespecie de pobres. *“Nosotros, los pueblos indígenas amazónicos no somos pobres, somos ricos*

porque tenemos la floresta, los ríos, la naturaleza” decía Santiago Manuin, un joven líder indígena Awajum Wampis. La pobreza es condición que debe ser remediada, porque un indígena es una cosa muy diferente de un pobre. Ellos no quieren ser transformados en alguien igual a nosotros, los blancos. Lo que ellos desean y quieren es poder permanecer diferentes a nosotros. Ellos quieren que reconozcamos y respetemos su diferencia. Los pueblos indígenas tienen el derecho a decidir sobre sus propias vidas, y tienen amplio conocimiento de lo que puede afectar sus vidas y de sus comunidades, pudiendo así, influenciar las decisiones del gobierno que afecten sus derechos.

Mi experiencia de Dios, en medio de los pueblos indígenas, puede ser resumida en algunas palabras llave como: comunidad, relacionalidad, armonía con la naturaleza. Reciprocidad en todos los niveles como expresión de un permanente dar y recibir, aprender y enseñar, superando todo tipo de dicotomías, colonialismos y exclusiones. Espiritualidad y mística como experiencia cotidiana de lo sagrado. Sabiduría como experiencia de vida heredada de los ancianos y recreada en cada generación con gran simplicidad. Dimensión festiva de la vida, como actualización y placer constante de todo lo que esperamos y creemos. Dimensión práctica, como reflexión que nace de la vida, ruptura con prácticas alienantes y regreso a la vida para transformación según el sueño de Dios en sus culturas. Cada una de sus palabras en las conversaciones representa una crítica al mundo globalizado con sus ideologías, falsas promesas, y alienaciones. La comunidad quiere ser una alternativa al individualismo, la armonía exige igualdad, reconocimiento de los otr@s, la simplicidad cuestiona el paradigma del crecimiento que produce lo des-necesario, y al consumismo de nuestros tiempos. La marcha del Estado del bienestar al estado del buen vivir es larga y dura. Vivimos en Latinoamérica una vez más la histórica incomprensión de la cuestión étnica. Los indígenas hoy quieren dignidad, calidad de vida, justicia y paz.

En medio de los pueblos indígenas, me siento un ser privilegiado y siento profundamente la singular revelación de Dios. El ser humano tiene dificultad para aceptar que allí donde Dios quiere revelarse es precisamente lo último y lo escondido, siempre desde lo último y entre los que no cuentan. ¡Qué tan lejos estamos de estar tan cerca! para *“que sean respetados los pueblos indígenas amenazados en su identidad y hasta en su misma existencia”*.

Agosto: La fraternidad del deporte

*“Que el deporte fomente el encuentro fraternal entre los pueblos
y contribuya a la paz en el mundo”*

ALFONSO ALONSO-LASHERAS. JESUITA Y JUGADOR DE RUGBY

El deporte ha ido ganando terreno en nuestra sociedad actual y su proliferación viene avalada por dimensiones muy diversas: la salud, el ocio, los beneficios económicos de las marcas, la ambición, la crisis de identidades, la educación de la juventud, la integración social, los medios de comunicación... Una realidad polifacética que la hace difícil de encorsetar en un único juicio. No cabe duda de que es un camino para la educación de los jóvenes, es el origen de grandes alegrías para muchos, ayuda en la cohesión social, forja el carácter y es creador de identidad; pero también puede derivar en un mero y sucio negocio que justifica cualquier cosa, que sirve para alienar a las masas y que –cuando se meten por medio ambiciones políticas, económicas o raciales– pasa a ser fuente de discordias y violencias, como tantas veces hemos visto. Así el deporte se desvirtúa pasando a ser un medio, no de competición, sino de batalla. Por eso es necesario pedir y trabajar para que sea de verdad camino de encuentro fraterno y forjador de paz.

Paseando por Olimpia y contemplando sus milenarias ruinas, el Barón Pierre de Coubertin soñó que aquel culto al valor heroico, a la nobleza, al esfuerzo personal y a la dignidad del espíritu humano, podía resurgir. Creía que el deporte podía juntar cada cuatro años en algún lugar del mundo a mujeres y hombres de todo continente, raza y religión, para que demostrasen su fuerza, su valor y su destreza, dando lo mejor de sí mismos para honrar no meramente a su nación o a su familia, sino a la humanidad entera. Su sueño se materializó, por primera vez en la era moderna, en 1896 con los primeros Juegos Olímpicos, que él mismo denominó “de la paz”. Lo cierto es que el deporte, cuando no está contaminado de las mencionadas “impurezas”, esconde una doble dimensión profética y utópica.

Lo hace al mostrarnos en qué consiste la verdadera humanidad y dignidad de las personas, lo hace al revelar una gran variedad de valores y virtudes, lo hace al fomentar la utopía que invita a soñar con un mundo mejor, lo hace al empujar a darlo todo y a luchar por aquello en que se cree. Para ello se vale de cientos de historias concretas de sacrificio y superación que testimonian que es posible vivir con relaciones de verdadera afectuosidad, donde se busca que reine la justicia, donde se aceptan y perdonan las ofensas y errores de los otros porque se ha aprendido a aceptar sanamente la limitación y los fracasos propios y ajenos sin excusas, donde todo lo que se vive es absolutamente real sin lugar para esconderse y en coherencia con lo que se dice. Los diferentes deportistas que testimonian todo esto, son auténticos “apóstoles de la dignidad” y podemos llegar a pensar que el mundo iría mejor si todos tomásemos ejemplo de ellos.

Por todo ello, el lema "*Citius, altius, fortius*" no es una invitación a mostrar la supremacía de unos sobre otros, ni a excluir a los más débiles sino que, acorde al espíritu olímpico, es un desafío no sólo para los atletas sino para todo ser humano, es una llamada a asumir la fatiga, al sacrificio en pos de las metas importantes de la vida, siempre intentando superar los límites personales y las dificultades que surjan. Porque la vida es como un gran partido en el que uno sólo se puede sentir contento si sabe que lo ha dado todo haciéndolo lo mejor posible. Porque en la vida casi todas las cosas realmente importantes están cuesta arriba, empezando por la propia felicidad. Y es ahí donde el deporte nos enseña a todos a luchar y a desgastarnos por aquello que merece la pena.

Cuenta la leyenda que las ciudades griegas a las que retornaban atletas triunfantes con la corona de olivo sobre sus cabezas, derribaban parte de sus murallas para que entrasen por esas aperturas. Ojalá que el deporte hoy, como entonces, también sea herramienta que ayude a crear fraternidad, a tender puentes y a derribar muros.

Septiembre: El proyecto espiritual del bien común

“Para que cada uno contribuya al bien común y a la construcción de una sociedad que ponga al centro la persona humana”

JOSÉ MANUEL APARICIO MALO. PROFESOR DE TEOLOGÍA MORAL. UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID

En tiempos marcados por las repercusiones de una crisis económica que enmascaraba otras de mayor calado como la política y la institucional, la ética y su visibilización en el criterio del bien común adquieren volumen y resonancias en los discursos actuales.

Incluso se convierte en bandera de la llamada «nueva política» reclamando una regeneración de la vida pública que debería ser exigencia aparejada a la condición de ciudadano y, de forma ejemplar, para quienes ejercen tareas de responsabilidad pública.

El proyecto es de gran calado y exige esfuerzos que superan el aprendizaje cognitivo de una clave ética. El papa Francisco señala su relevancia y trascendencia señalando que el «antropocentrismo desviado» podría ser título apropiado para la sociología actual. La persona habría sido desplazada como criterio de interpretación para las decisiones políticas, sociales y económicas en favor de otras búsquedas como la del máximo rendimiento económico o la de la tecnología como nuevo «becerro de oro».

El evangelio muestra un horizonte para su consecución cuya profundidad no siempre ha sido mostrada en la espiritualidad cristiana. El evangelio de Mateo sintetiza el proyecto del Reino en un famoso adagio: el mandamiento principal consiste en amar a los demás como a uno mismo y a Dios sobre todas las cosas.

Simbólicamente, podríamos imaginar un trípode, mínima estructura capaz de sostener una plataforma con suficiente estabilidad; cuyos vértices son el sujeto, el otro y la trascendencia. Un programa educativo sugerente ahora que nuestros pequeños retoman sus tareas cotidianas.

La cultura actual ha primado el vértice del amor a uno mismo ofreciéndonos muchos matices que eran necesarios en relación a culturas heredadas. Autoestima, diálogo con las emociones, autodesarrollo, primacía de la persona... son eufemismos de lo que en la filosofía personalista fue descrito como «mismidad». Basta con escuchar el lenguaje de los padres contemporáneos para valorar la relevancia otorgada a este polo.

Sin embargo, requiere un equilibrio en el «trípode» sugerido por Jesús de Nazaret. Aislado, el amor a uno mismo desorienta la perspectiva de la realidad, otorga una excesiva relevancia a cuestiones que se distorsionan sin referencias relacionales y que acaban por desgastar el alma. Nada más cansado que un corazón encerrado en sus propias circunstancias que, es probable, nunca se resuelvan de manera completa.

Pero no desestimemos sus capacidades especialmente en una cultura como la española a la que se acusó, no sin razón, como servil, obediente y condicionada por el cumplimiento de parámetros externos. El amor a los demás, a la ciudadanía, a los valores establecidos, a las directrices sugeridas por la autoridad eran principios inexorables reforzados, muchas veces, por la espiritualidad.

El amor a los demás, sin otras connotaciones, nos hace serviles, nos esclaviza al reconocimiento externo, nos hace dependientes de causas que salvar y expansiona, de manera paternalista, el cuidado sobre los otros bajo excusa de una presunta preocupación que, en el fondo, puede ser reflejo de la falta del complejo equilibrio. Al mismo tiempo, el amor nos otorga un nombre, nos saca del anonimato al ocupar un lugar imborrable en el recuerdo agradecido del otro.

La estabilidad entre el amor a uno mismo y el amor a los otros no debe ser tarea sencilla. Es posible que ni siquiera alcanzable para la persona con sus propias capacidades volitivas. La psicología de las últimas décadas nos ha planteado un sugerente itinerario a través de las inteligencias múltiples y de las emocionales para conducirnos hasta la llamada inteligencia espiritual (Zohar-Marshall 2000).

Con ella se sugiere una discusión acerca del origen, cultural o antropológico, de experiencias tan relevantes como la identificación con grupos sociales, con proyectos políticos y las expresiones religiosas. El amor a Dios, sugerido por el Maestro, escapa, así, de la convicción racional o del esfuerzo de la voluntad para describir el núcleo de un corazón humano que requiere de lo trascendente para su desarrollo.

El amor a Dios sitúa al sujeto en los parámetros de fragilidad y debilidad de los que vamos tomando conciencia con el transcurso vital. Permite la integración de lo experimentado por vía de misericordia y de la gratitud por la convicción de la providencia. El amor a Dios sustenta un amor hacia los otros sembrado de desilusiones, de deseos frustrados y de proyecciones incumplidas; y mantiene en los compromisos adquiridos por encima de las razones para la desesperanza.

En términos filosóficos, la trascendencia otorga razones a las exigencias planteadas por toda ética y del bien común.

Así, el trípode se torna circular. No hay orden jerárquico entre sus vértices sino retroalimentación. Profundizar en el amor a uno mismo, en el amor por el otro y el bien común, y en el amor a Dios conducen al reconocimiento de la mutua necesidad entre las tres, en una búsqueda, siempre inacabada de la verdad, que denominamos religión.

Octubre: La profesión del periodista

“Para que los periodistas, en el ejercicio de su profesión, estén siempre motivados por el respeto a la verdad y un fuerte sentido ético”

ANA MEDINA. PERIODISTA. PORTAVOZ DE LA DIÓCESIS DE MÁLAGA

Mi abuela siempre decía que la de periodista era, junto a la de abogado, la peor profesión que existe. Lo aseguraba con una profunda desconfianza en la mirada, y le añadía un gesto de rechazo digno de la Rusia estalinista.

Yo, que estudiaba Periodismo y tenía un novio recién licenciado en Derecho, no sabía muy bien cómo tomármelo. Con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que lo que mi abuela odiaba sobre todas las cosas era la falta de ética que ostentaban algunos profesionales de ambos oficios, que eran capaces de poner todos los medios al servicio del beneficio particular.

Hace tan solo unos días, la hija de un amigo preguntaba al que hoy ya es mi marido si era posible trabajar en el Derecho y hacerlo por el bien común. Y aquella pregunta me hizo recordar la sentencia de mi abuela. Del mismo modo, un joven con vocación de periodista puede preguntarse si merece la pena, si se puede trabajar por la verdad o eso es, hoy, una quimera.

Mi pasión por contar historias siempre ha ido acompañada de la mochila de la fe. No es posible, en mi caso, mirar el mundo desde otro lugar que desde las sandalias del seguimiento de Jesús de Nazaret. En mi experiencia profesional, he acabado aunando ambas cosas, y desde la comunicación religiosa, trabajo día a día con noticias que son todas destellos de la Buena Nueva, reflejos de esperanza para un mundo abatido por la sed de amor y belleza. Pero desengañémonos. No siempre es fácil llevar palabras de vida a una sociedad que busca y se recrea en la miseria, que ha cambiado su corazón de carne por uno de piedra, que prefiere fantasear con la muerte antes que soñar con vivir en plenitud. El mensaje cristiano, expresado en miles de rostros y gestos que, para los que somos Iglesia, son cotidianamente deliciosos, resultan a menudo esperpénticos para el mundo.

El Papa, en una reciente audiencia con periodistas italianos, les advertía de que desempeñaban una de las tareas con mayor influencia en la sociedad. “Escribís el primer borrador de la Historia”, les decía Francisco. Y resumía lo que puede ser una hoja de ruta para la ética periodística: “No sopléis sobre el fuego de las divisiones, por el contrario, favoreced la cultura del encuentro”. El Papa no habló desde el buenismo, ya que reconoció que la crítica es legítima y necesaria, pero añadió que “el periodismo no puede volverse un arma de destrucción de personas o, peor aún, de los pueblos”, ni tampoco “alimentar el miedo ante los cambios o fenómenos como las migraciones forzadas por

la guerra o por el hambre”. En ese encuentro, Francisco lanzó a los profesionales de la comunicación tres claves y un consejo.

La primera, amar la verdad. Nunca podemos afirmar algo que no sea verdadero. Nuestra obligación es ofrecer la verdad, lo que implica ser honestos con nosotros mismos y los demás (no podemos afirmar la verdad si no la vivimos) y discernir los matices que impregnan todo acontecimiento humano. En una época que idolatra la inmediatez, esto exige serenidad interior y trabajo minucioso, paciencia y cierto modo de “artesanía” para captar la esencia de la verdad, para comprender la realidad sin caer en una visión simplista y reduccionista.

La segunda, vivir con profesionalidad. No se refiere solo a cumplir las normas deontológicas, sino a ejercer este oficio sin someterse a los intereses de las partes en juego. Un verdadero profesional de la comunicación no puede domesticar su conciencia ni subyugar su ética al que ostenta el poder económico, ideológico o político.

La tercera, respetar la dignidad humana. Nos sigue costando ver que detrás de titulares y estadísticas, hay seres humanos; que detrás de una “buena historia” está la vida de las personas, que puede ser destruida para siempre con la simple sombra de una insinuación. El Papa, en su mensaje con motivo de la 48ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, identifica la figura del Buen Samaritano a la del Buen Comunicador. Quien comunica se hace prójimo, cercano. Pero el buen samaritano “no sólo se acerca, sino que se hace cargo del hombre medio muerto que encuentra al borde del camino”. Nuestro periodismo no puede estar esterilizado de acción, no puede estar exento de compromiso con el que sufre, con el que se encuentra tirado en la cuneta.

Y el consejo. Francisco afirma que estas reflexiones merecerían que cada periodista les dedicara una jornada de retiro. Él mismo reconoció que “no es fácil en el ámbito periodístico, una profesión que vive continuos ‘tiempos de entrega’ y ‘fecha de cierre de edición’”. Pero ¿y si cada mañana, antes de ponernos en marcha, nos repetimos “Señor, que sea yo un instrumento de tu paz”? ¿Y si cambiamos los “avíos de matar” por los de dar vida, y vida en plenitud?

El buen samaritano era periodista

FRAN OTERO. PERIODISTA. REDACTOR DE "ALFA Y OMEGA"

De todas las metáforas que se pueden realizar sobre un periodista, nunca se me hubiese ocurrido la del buen samaritano. Y es fantástica. Y sirve de igual manera para todos los periodistas; da igual si llevan el adjetivo de creyente o no. La primera vez que supe de ella fue en una reunión de Crónica Blanca, ese grupo de jóvenes periodistas promovidos por Manuel Bru, que nos habló de un congreso de comunicadores católicos en Argentina del año 2002. El título: "Comunicador, ¿quién es tu prójimo?". Y ese fue también el encabezamiento de la ponencia de apertura, que impartió el cardenal Jorge Mario Bergoglio. Sí, el Papa Francisco.

Intentó responder a esta pregunta y a cuantas se derivan de ella. «Aunque la imagen del hombre apaleado por los ladrones que quedó tirado al costado del camino apunta al proceder evangélico -ético y moral-, es lícito trasponer lo que se dice del bien al terreno de la verdad y de la belleza. Más aún, bien, verdad y belleza son inseparables cuando nos comunicamos: inseparables por presencia o también por ausencia, y en este último caso el bien no será bien, la verdad no será verdad ni la belleza será belleza. Actualmente hay una "mayoría invisible" de excluidos que están al costado del camino, apaleados y robados, ante los cuales pasan los medios de comunicación. Los muestran, les dan mensajes, los hacen hablar... Entra en juego aquí la proximidad, el modo de aproximarse. El modo de hacerlo determinará el respeto por la dignidad humana».

Así, para el hoy Papa, aproximarse bien implica comunicar la belleza de la caridad en la verdad; incluso cuando la verdad es dolorosa y el bien difícil de realizar. «La belleza – decía – está en ese amor que comparte el dolor, con respeto y de manera digna. Contra todo sensacionalismo hay una manera digna de mostrar el dolor que rescata los valores y las reservas espirituales de un pueblo y ayuda a superar el mal a fuerza de bien...». Del mismo modo, aproximarse bien también significa dar testimonio, pues la credibilidad de un comunicador tiene su base en el testimonio personal. Y, finalmente, aproximarse bien es estar abierto al otro, a la trascendencia, a la esperanza. «Es todo lo contrario a la propuesta frívola de algunos medios que transmiten una caricatura del hombre. Es mostrar y resaltar su dignidad, la grandeza de su vocación, la belleza del amor que comparte el dolor, el sentido del sacrificio y la alegría de los logros», concluye el Papa.

De aquel texto, que leí infinidad de veces y al que vuelvo con asiduidad, también me llamó la atención la interpretación de los signos de la parábola: el aceite y el vino; el dolor y la alegría. ¿Y qué tendrá que ver esto con un periodista? Pues que «lo que hay que comunicar debe ser aceite perfumado para el dolor y vino sabroso para la alegría. La belleza del amor es alegre sin frivolidad».

Y fiel a su estilo, ofrece más imágenes: «En el Jesús roto de la cruz, que no tiene apariencia ni presencia a los ojos del mundo y de las cámaras de TV, resplandece la belleza del amor hermoso de Dios que da su vida por nosotros. Es la belleza de la caridad, la belleza de los santos. Cuando pensamos en alguien como la madre Teresa de Calcuta, nuestro corazón se llena de una belleza que no proviene de los rasgos físicos o de la

estatura de esta mujer, sino del resplandor hermoso de la caridad con los pobres y desheredados que la acompaña.(...) Hay hermosura, más allá de la apariencia o de la estética de moda en cada hombre y en cada mujer que viven con amor su vocación personal, en el servicio desinteresado a la comunidad, a la patria; en el trabajo generoso por la felicidad de la familia, comprometidos en el arduo trabajo anónimo y desinteresado de restaurar la amistad social. Hay belleza en la creación, en la infinita ternura y misericordia de Dios, en la ofrenda de la vida en el servicio por amor. Descubrir, mostrar y resaltar esta belleza es poner los cimientos de una cultura de la solidaridad y de la amistad social.

No es poco lo que proponía el hoy Papa en 2002; tampoco su intención de oración para este mes de octubre, que tiene, precisamente, como protagonistas a los periodistas. En mi caso, no soy el periodista que soñaba ser antes de entrar en la facultad; soy el que Dios ha querido para mí. Y esto me lleva a confesar que en este tiempo he descubierto un oficio maravilloso, el de ser –al menos, intentarlo– una humilde voz para los que no la tienen, una palabra a favor de la dignidad de la persona con nombre y apellidos. Es dejar de ser fariseo o escriba para ser buen samaritano. Y en Francisco tenemos un buen ejemplo. Lo he dicho muchas veces; me gustaría parecerme al él en mi trabajo y hacer una comunicación cercana, que encuentra belleza incluso en el dolor, un periodismo que abraza.

Noviembre: Servir desde las propias heridas

“Que los países que acogen a gran número de refugiados sean apoyados en su esfuerzo de solidaridad”

ÁNGEL BENÍTEZ-DONOSO, SJ. SERVICIO JESUITA A LOS REFUGIADOS (JRS)-LÍBANO

Arlette apareció una tarde por nuestra escuela de Beirut (Líbano). Ella, cristiana maronita, había oído el trabajo que hacíamos al servicio de los refugiados sirios y quería saber si podía echar una mano. Se le notaba temerosa, en conflicto interno entre su deseo generoso de ayudar a las miles de personas que veía malvivir en su ciudad y el rechazo innato que sentía ante esas mismas personas por el hecho de ser sirios y musulmanes. Al final pudo más el altruismo y Arlette decidió probar en el apoyo escolar que ofrecíamos por las tardes a los estudiantes, en su mayoría sirios, que tenían dificultades para seguir el currículo libanés en las escuelas públicas. Cada martes y jueves allí estaba ella dispuesta a ayudar con las tareas de francés y matemáticas a un grupito de niños sirios de entre siete y doce años. No faltó un solo día e incluso en época de exámenes solía venir a diario para asegurarse que sus chicos acabasen el curso con buena nota.

Un día, cuando mi tiempo en el Líbano se acababa, Arlette me invitó a su casa para charlar con calma y despedirnos tras dos años de trabajo compartido. Entre café y café hablamos de la guerra en el Líbano y sus vivencias durante la ocupación siria del país hasta 2005. Me confesó que a su tío lo asesinaron los servicios secretos sirios y que desde entonces toda su familia arrastraba una pesada herida. Entre lágrimas me habló del proceso de reconciliación que había supuesto para ella ayudar a esos niños, tan sirios como los que mataron a su tío, pero tan víctimas del odio y la injusticia humana como lo era ella. Con un pequeño gesto valiente se interrumpió la cadena del odio para dar lugar al perdón y la esperanza. Pequeñas decisiones pueden cambiar toda una vida.

Arlette, aparte de ser un modelo para la reconciliación, es también reflejo de todo un país como el Líbano. Un país que carga con sus heridas históricas y sus conflictos actuales pero decide dar respuesta al millón de personas llegadas en busca de refugio. Un país en el que tras más de dos años aún no se han puesto de acuerdo para nombrar un presidente pero que reconociendo sus límites decide hacer un esfuerzo generoso para acoger a los que sufren las consecuencias de la guerra. Un país en el que la corrupción y el nepotismo son el pan nuestro de cada día pero que no se esconde a la hora de responder al grito de sus hermanos necesitados. Un país sin transporte público, con un sistema sanitario insuficiente y una educación pública destinada únicamente a aquellos que no pueden costearse una educación privada pero que al mismo tiempo es el tercer máximo receptor mundial de refugiados.

No escribo estos párrafos para que nos flagelemos al compararnos con el Líbano. De hecho la respuesta ciudadana en Europa durante el verano del 2015 a la crisis de los refugiados fue impresionante, no solo denunciando las estructuras injustas que impedían la llegada de los demandantes de asilo sino también involucrándose personalmente en la acogida. Pero tampoco podemos ser ciegos a la realidad del mundo: solo Irán acoge a más refugiados que toda la Unión Europea en su conjunto. El drama se vive en países como Jordania donde la tercera población en número de habitantes es el campo de refugiados de Zaatari, o en Etiopía donde ya hay más de 700.000 refugiados procedentes de los vecinos Somalia, Eritrea y Sudán del Sur. De hecho en la actualidad el 80% de los refugiados mundiales se encuentran acogidos por países en vías de desarrollo.

Ojalá podamos responder generosamente a todos aquellos que lleguen a nuestra puerta pidiendo ayuda. Pero mientras tanto es nuestro deber levantar la mirada para ver a todos aquellos que ya están pidiendo auxilio en la casa de nuestros vecinos. Vecinos que no se esconden en su legítima lucha por salir adelante sino que deciden responder en la medida de sus posibilidades al grito de auxilio de sus hermanos. Países que cargando con su cruz ayudan a otros a cargar con la suya. No podemos dejarles solos o su esfuerzo generoso acabará por ahogarles también a ellos. Es nuestro deber apoyarles afectiva y efectivamente: desde nuestra realidad individual, desde nuestras limitaciones como país, con nuestras heridas y nuestros problemas actuales pero también con nuestras muchas capacidades y dones. Quién sabe, quizás descubramos, como Arlette, que un simple gesto puede cambiar toda una vida.

Diciembre: Las niñas y los niños soldado

“Para que en ninguna parte del mundo existan niños soldados”

CHEMA CABALLERO. COOPERANTE Y BLOGUERO

Más de 300.000 niñas y niños están siendo utilizados como soldados en los alrededores de 20 conflictos que están en curso en todo el mundo en este mismo momento: guerras de África, batallas del Daesh, Yemen, Filipinas...

Niñas y niños secuestrados o reclutados de manera violenta que son entrenados hasta ser convertidos en auténticas máquinas de matar. Separados de sus seres queridos, obligados incluso a matar a sus padres o algún miembro de su familia, sometidos a todo tipo de manipulaciones y forzados a consumir drogas y alcohol a la hora de entrar en combate se transforman en los guerreros más temidos e irresponsables. Ellos solo obedecen órdenes, no ven el peligro, toman la guerra como un juego y desean ganarse el favor y el cariño de sus jefes siendo los más malotes de la banda, los más crueles y temerarios.

Los señores de la guerra quieren niñas y niños soldados porque son más fáciles de manejar, más económicos y se reemplazan fácilmente si mueren.

Tenemos multitud de documentos universales y regionales, declaraciones y principios que prohíben tajantemente el uso de las niñas y los niños como soldados Pero todos ellos no pasan de ser proclamaciones de buenas intenciones plagadas de buenismo que raramente se implementan por la falta de voluntad política de aquellos gobiernos y organismos internacionales que tienen la capacidad de terminar con esta forma de esclavitud y explotación infantil. La guerra es un negocio que mueve mucho dinero y hace ricas a muchas personas.

No olvidemos que existen niñas y niños que están siendo utilizados como soldados porque existen conflictos violentos que se prolongan en el tiempo.

Nos intentan vender las guerras como disputas religiosas o étnicas, pero eso es mentira. No existen ese tipo de conflictos. Todas son económicas o por el control geoestratégico.

Detrás de cada guerra suele haber una materia prima o intereses políticos y comerciales de una parte de Occidente (o China): los diamantes de sangre de Sierra Leona, el coltán de la República Democrática del Congo, el petróleo de Sudán del Sur... Son empresas occidentales y chinas, en su mayoría, las que explotan, transforman y comercializan esos productos.

Tampoco podemos olvidar el comercio de armas, tanto el legal como el ilegal, que mueve tanto dinero. Estas armas también son fabricadas en el norte. Los cinco países que

son miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, son los principales fabricantes de armamento. España no se queda a la zaga y es uno de los principales exportadores de municiones y armamento ligero a África o a tantas otras partes del mundo. Armas y municiones españolas se utilizan en muchos de los conflictos que están en curso actualmente y donde se utilizan a menores como soldados.

Las armas modernas cada día son más ligeras, fruto de los avances tecnológicos quizás. La realidad es que cada vez niñas y niños más pequeños pueden utilizarlas. Esto nos lleva a una reflexión: el brazo de un niño de ocho o nueve años no es tan largo como el de un adulto, ¿entonces cómo es que puede alcanzar fácilmente el gatillo del arma y manejarla? ¿No será que los fabricantes de armas ya saben que son niños los que utilizarán sus productos?

Todos estos datos nos hacen sospechar que las empresas que se benefician del bajo coste de los minerales llamados de sangre, el silencio y complicidad de nuestros gobiernos, y el tráfico de armas forman un cóctel que mueve muchos millones a los que nadie está dispuesto a renunciar y que para que todo funcione es imprescindible el uso de miles de niñas y niños como soldados.

Por eso, nos atrevemos a pensar que los señores de la guerra no se ocultan en las selvas más profundas e impenetrables del planeta, sino que se sientan en consejos de administración de grandes empresas o dirigen gobiernos y dictan políticas.

La buena noticia es que a pesar de todo, estas niñas y niños pueden ser rehabilitados y reinsertados en la sociedad. Nunca volverán a ser el niño que no fueron, pero sí personas capaces de rehacer su vida y volver a la escuela o aprender un oficio que les permita ganarse la vida dignamente y formar una familia. Sin embargo, cada vez hay menos dinero para este tipo de programas. Las niñas y los niños soldados ya no están de moda como lo estuvieron hace años. Los recursos que existen no permiten trabajar de manera integral con estos menores por lo que muchos de los que salen de los grupos armados, al no encontrar apoyo y soluciones a sus problemas regresan a ellos, donde al menos comen todos los días.

Repito, no hay voluntad política para terminar con el uso de niñas y niños soldados. Son parte de un negocio que enriquece a muchos.